

tra.» El texto escrito por Piñera gustó mucho al director de *Kultura*, quien como le anota Gombrowicz en otra misiva, dijo que era «excelente y yo digo lo mismo, con emoción escuchaba mi voz de antaño y los tiempos heroicos. Me gustaría, sin embargo, que escribiese algo más, contando de viva voz aquellos tiempos, ya que nadie lo puede hacer fuera de usted que era el testigo número uno (...) Pero cuídese de no endulzar demasiado mis relaciones con el ambiente, bien lo sabe que eran belicosas y que me trataron bastante mal». Al final le expresa que se halla sumergido en «la gloria al galope, todos los días, sin parar, cartas, editores, traductores, agencias, teatro, televisión, radio, interviews, visitas, proposiciones (...) al galope, al galope, al galope, al galope». La respuesta de Virgilio fue, como siempre, respetuosa, pero ante tal muestra de vanidad el cubano no pudo evitar una nota de suave ironía: «Lo veo literalmente galopando, es ése el precio de la gloria. En cambio, como a mí todavía no me ha llegado en la gigantesca medida en que a usted, simplemente trote, mi querido Gombrowicz, y quién sabe si llegaré sencillamente a andar al paso (...) Bueno, cuídese, pero no suprima el galope.»

De vuelta a la nada

Virgilio consiguió que le renovasen la beca dos veces, lo que le permitió quedarse en Buenos Aires más tiempo del que tenía previsto. Unos meses antes de regresar a su patria, en una carta a su hermana Luisa, hace un balance de lo que para él ha significado esa primera etapa de su experiencia: «Imagina todos mis sentimientos y pesares, este extraño momento que vivo ahora, o más extraño que los ya vividos, o extraño porque lo vivo ahora, o a lo mejor que me parece que es extraño. Bien, siempre para uno en frases más o menos... Pero, con todo, y aunque formalmente, he sufrido un cambio. Te digo formalmente, porque estos cambios no cambian la condición humana de uno. Yo creo que sólo podría llamarse cambio a, por ejemplo pasar del estado mortal al inmortal, etc. Aclarado esto, sí puedo hablar de cambio: salí del paisaje habanero, del Andino, del Don Q, de las intriguitas, del hambre, de los harapos. No quiero decirte que lo que ahora vivo sea mejor (nadie sabe qué es mejor o peor), pero al menos experimenté una traslación. Hasta físicamente he cambiado: ahora estoy muy grueso y hasta te podría anunciar que tengo vientre y redondeces (...) Te quiero decir esto: ni más optimista ni más pesimista. Para mí la vida no es mejorar o empeorar... Es solamente pasar, ser, asistir, comprendiendo nada del mundo porque creo que la vida no tenga nada que haya que comprender, ni que tenga un sentido directo. No hay una vida mejor que otra; lo que hay es un baño mejor que otro, una comida mejor que la otra, y en este sentido es el único en que la persona puede sentirse más afortunada o más desvalida. ¿No lo crees tú así? Ahora te voy a decir, dentro del terreno práctico, lo que este exilio me ha enseñado: pues he aprendido a *moverme*. Qué cosa más rara, hasta que salí de Cuba no sabía cómo desempeñarme. Puedes tener la seguridad que si fracaso de ahora en adelante será por causas menores pero no por no haber sabido moverme a tiempo. He aprendido que viajar no es tan difícil, y que lo más importante de un viaje no es su carácter improvisado, fortuito, es decir, que para una persona que no dispone de medios mayores, viajar tiene que ser una aventura, en todo el sentido

de la palabra. Hoy te digo, la consigna es salir como quiera y volver como quiera (...) A mí me ha dolido mucho alejarme, estar separado de todos ustedes, pero quedarme también habría significado, tengo por seguro, mi suicidio (material o mental, qué importa, siempre sería un suicidio), pues yo estaba ya confinado con la nada, con la desesperación y, lo que es peor, con la nada y la desesperación de lo banal, de lo irrisorio, nada del Andino y de Prado 2.»

Tal como eran sus planes, Virgilio regresó a Cuba en enero de 1948. El 1 de febrero era entrevistado en el periódico *El Mundo*, y sus declaraciones no pudieron ser más polémicas: «Hay una sola palabra para situar el tono de la vida cubana de hoy: disparate. Ello se advierte en lo político, lo social, lo económico, aun en la simple relación de personas domina el absurdo.» Añadía que «entre nuestros males apunto éste de mucha envergadura: carecemos de mitos. La simulación de la cultura, del espíritu, del sexo, del amor, etc., nos ha costado su pérdida. Rescatar esto sería el comienzo de una estabilidad mental, presupuesto básico a todo pensamiento». Se quejaba además de que «la vida cubana se ha convertido, por obra de las sucesivas crisis económicas, en una búsqueda desesperada del peso. Todo se hace en función del peso, desde la mano que se da hasta la cultura». (Cuando habla del peso, Piñera se refiere a la moneda nacional de Cuba).

Virgilio se refiere, asimismo, a la grave crisis que padecía el mundo editorial argentino, debido a la falta de divisas, a la competencia del libro español, al exceso de editoriales y al alto costo de la mano de obra. Apuntó la presencia de dos grandes corrientes en la cultura de aquel país, una de proyección nacionalista, defensora de lo autóctono (Larreta, Capdevila, Cané), y otra influida por las tendencias de Europa (Borges, Sabato, Mallea). Lo más interesante, sin embargo, por ser un dato escasamente conocido, es que comenta al periodista la próxima publicación por la editorial bonaerense Argos de su novela *El Banalizador*, que escribió durante su estancia en esa ciudad. Se trata, según comentó, de una novela polémica, estructurada sobre lo grotesco y lo absurdo, en la cual se ataca a la cultura moderna en un empeño de conseguir un equilibrio de fuerzas a base de la vida sin simulación, sencilla y banal. La novela nunca se publicó, pero entre los papeles del autor se conserva, en efecto, una copia incompleta de la misma.

En otra de sus cartas desde Buenos Aires, Virgilio comentaba a Luisa la próxima publicación de una pieza teatral suya, *Electra*, que tampoco se realizó o, al menos, no entonces ni en Argentina. El texto, que presumiblemente escribió o tal vez concluyó allí, se estrenó en La Habana el 23 de octubre de 1948, con el título de *Electra Garrigó* y dirigido por Francisco Morín. Fue su entrada en el teatro cubano, en el que irrumpió con la velocidad de un meteoro y la fuerza removedora de un terremoto. *Electra Garrigó* es en nuestra dramaturgia una pieza seminal y liberadora, que rompe con la comedia de salón y el diálogo insustancial. Virgilio parte del modelo clásico y lo cubaniza: el coro griego sustituido por nuestra típica «Guantanamera», la pelea de gallos como metáfora de la lucha por la hembra, la muerte de Clitemnestra Pla envenenada con una frutabomba, la presencia del matriarcado de nuestras mujeres y el machismo de nuestros hombres son algunas de las referencias más visibles de esa cubanización, que alcanza, no obstante, una profundidad más esencial. En la obra, Piñera desacrali-

za a los personajes clásicos, hace una parodia de la tragedia y convierte esta historia de sustancia sagrada en un conflicto doméstico entre padres e hijos. Esta cualidad criollísima de no tomar nada en serio, de someterlo todo a la acción del choteo, será una de las notas distintivas de buena parte de su producción dramática. Y como él mismo señaló, esa sistemática ruptura con la «seriedad» era su modo de hacer resistencia a una realidad hostil y asfixiante.

Pero la crítica nacional no estaba aún preparada para recibir una obra así, y la recibió de manera miope e irrespetuosa. Ni siquiera una crítica de izquierda como Mirta Aguirre, fue capaz de entenderla y valorar su importancia. Piñera respondió, desde las páginas de la revista *Prometeo*, con el artículo *¡Ojo con el crítico...!*, en el cual enumeraba y analizaba las distintas variedades de críticos, entre otros el artista fracasado. Fue el detonante que hizo explotar el barril de pólvora. La Asociación de Redactores Teatrales y Cinematográficos (ARTYC) reaccionó de modo violento y desmesurado e hizo «una montaña de lo que era un sencillo ensayo de teoría literaria». En primer lugar, exigieron a la revista incluir en el siguiente número una retractación y una respuesta de uno de sus miembros (Luis Amado Blanco), con la amenaza de anular a Morín como director teatral y de la publicación si no aceptaba. Cursaron además cartas a los distintos grupos e instituciones exigiéndoles no estrenar en lo sucesivo las piezas de Piñera, y trataron de entorpecer el montaje de *Jesús*, anunciado para los próximos meses. No satisfechos con eso, hablaron con Humberto Piñera para que éste convenciera a su hermano a que redactase una retractación en toda la línea. Por supuesto, el autor no lo aceptó, y en una carta que envió a la prensa expuso sus argumentos: «No, no puedo retractarme porque sería negar verdades tan axiomáticas como la existencia del crítico inculto, del filisteo y del autor teatral fracasado. ¿Se atreverían ustedes a negarlo? ¿Y por qué sentirse aludido cuando se estima no pertenecer a tal fauna? ¿No les parece que bordean ya esa franja donde se pisa el ridículo? Y los neutrales en todo esto ya dicen que son ustedes los Intocables, y si la montaña sigue creciendo lo pensarán (ya hay señales) sus mismos partidarios. En cuanto a los míos, conmigo, nos limitaremos a lanzar una carcajada homérica.»

La mediocridad y el provincianismo seguían siendo los mismos que Piñera había dejado en 1946. Así que decidió regresar a Buenos Aires en 1950. Su ida le impidió asistir, en octubre de ese año, al estreno de su segunda obra, *Jesús*, que también dirigió Morín.

La maltrecha carne de un novelista

En su segunda estancia en Buenos Aires, Virgilio, como él mismo aclara, se ganó la vida como empleado del Consulado de Cuba en esa ciudad. El puesto lo consiguió por intermedio de su amigo Humberto Rodríguez Tomeu, quien trabajaba allí. Fue para él un trago amargo, pues era una actividad que tenía muy poco que ver con su personalidad. Como era previsible tratándose de Piñera, en alguna ocasión recogió en el papel un sarcástico recuerdo de aquella experiencia:

«He trabajado durante algún tiempo en nuestro Servicio Exterior. ¡Las cosas que he visto! Por ejemplo, he tenido que recurrir a la autoridad del Diccionario de la Len-